

0137 - 69160

PA7297

.J8

S6

1904



FONDO
PEREZ MALDONADO

DOS PALABRAS.

EL inspirado poeta tamaulipeco Junco de la Vega no necesita presentación, ni padrinos que le recomienden al público, pues largo tiempo hace se ha presentado y recomendado por sí solo á la soberana y temible colectividad, por medio de valiosas producciones en prosa y verso. Mi objeto, pues, al trazar estos renglones, no es el de dármelas de introductor de altos personajes, pues para ello me faltan garbo y elegancia; sino sólo el de confiar á las cuartillas que voy borroneando, las impresiones que me ha dejado la lectura de esta colección de sonetos. Nadie me negará que

importa un goce verdadero comunicar á los demás, impresiones sinceras y hondamente sentidas.

Me maravilla la soltura con que el poeta maneja el soneto, forma poética bellísima, de altas recomendaciones estructurales y eufónicas, y en sumo grado tentadora para cuantos pulsan la lira; y tanto más me sorprende, cuanto que dicha forma, bajo su aparente sencillez, entraña dificultades y exigencias de gran tamaño, como golfo azul lleno de bancos, sirtes y escollos. Todos convienen en que un solo soneto inspirado y bien hecho, puede ser suficiente para labrar la reputación de un poeta. Lupercio y Leonardo de Argensola deben su gran nombradía á los admirables que escribieron, y D. José María de Heredia la basa principalmente en la clásica destreza con que se consagra á este difícil género de poesía. Junco de la Vega se va bonitamente por esos mundos haciendo soneto tras soneto, todos hermosos, con la mayor facilidad, como quien juega al huevo de Juanelo, sin que se observe la menor fatiga en su estro, ni en su rima, ni en su dicción. Es para llenarse uno de envidia.

Para que se vea hasta qué punto el poeta ha domina-

do las dificultades de esa combinación métrica, no hay más que echar un vistazo á los cinco sonetos que ha escrito suprimiendo alternativamente una ú otra de las cinco vocales de nuestro abecedario; y, esto, sin que las composiciones parezcan forzadas, oscuras y faltas de asunto. Convengamos en que es un *tour de force* del que pocos podrían salir bien librados. *Mecánica cerebral*, dice Junco procurando disminuir el mérito de tales hazañas; pero mecánica, en suma, que está al alcance de bien pocos. La medida del verso y los consonantes no constituyen la poesía, sino el talento, como donosamente lo ha dicho Ricardo Palma:

¿Es arte del demonio ó brujería
Esto de escribir versos? (le decia
No sé si á Calderón ó á Garcilazo
Un mozo más sin jugo que el bagazo.)
Enséñeme, maestro, á hacer siquiera
Un oda chapucera.
—Es preciso no estar en sus cabales
Para que un hombre aspire á ser poeta;
Pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme Ud. líneas de medida iguales

Y luego en fila las coloca juntas
Poniendo consonantes en las puntas.

—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
¡Hay que poner talento!

Y eso es precisamente lo que el poeta ha puesto en medio de sus líneas de igual medida, colocadas en fila y con consonantes en los extremos.

Hace como nueve años salieron á luz esos juguetillos ingeniosos, suscritos con el pseudónimo *Martin de San Martín*, en un semanario neoleonés llamado “El Grano de Arena”; y por cierto que fueron *fruto de una apuesta*, nada aciago, por fortuna, como el de la novela de Navarrete. De entónces acá, no ha cesado de reproducirlos la prensa nacional, siempre con la misma firma. Ahora va á sorprenderse el público al saber que no hay tales carneros, digo, que no hay tal Martín de San Martín.

*
* *

Trabé conocimiento literario con el eximio poeta cuando, con motivo de un concurso de Sonetos abierto en Guadalajara por “El Correo de Jalisco”, tuve la honra de figurar como jurado en el certamen, al lado de altos poetas y literatos jaliscienses. Entonces resultó premia-

do el soneto de Junco titulado “A Hidalgo” que forma parte de esta colección, y es hermosísimo. Al leer el nombre del autor, creí, de pronto, que fuese otro pseudónimo, pues le hallé harto pintoresco y artificioso para verdadero; mas personas que conocían al poeta, me sacaron del error. Entonces afirmé de la manera más rotunda que ese nombre estaba predestinado á la celebridad, tanto por las dotes relevantes del poeta que le llevaba, como por su hermoso simbolismo. Mi imaginación, en efecto, me representaba al pronunciarlo, fértil llanura, tal vez á la orilla de un río, donde se levantaba tallo flexible y esbelto, balanceándose á impulsos de la brisa. Siempre he tenido la preocupación de que los hombres que han de hacerse notables, nacen consagrados para ello hasta por el nombre. Y recorro la lista: Shakespeare, Byron, Lamartine, Musset, Schiller, Metastasio, Camoens, Cervantes, Campoamor, todos ellos suenan musical y gloriosamente á mis oídos. ¿O será que me embelesan inductivamente, porque admiro á los vates que los han llevado? Sentiría que así fuese, porque esto echaría por tierra mi teoría, y ¡he inventado tan pocas!

Por lo que hace á Junco de la Vega, he logrado salirme con la mía, pues á la hora presente es ya una celebridad nacional y sus poesías dan la vuelta por la prensa de México y de los Estados; en tanto que él mismo mantiene cariñoso comercio literario con la *alta crema* de nuestros poetas y escritores.

*
* *

Los sonetos que en este libro se registran, pertenecen á casi todos los géneros poéticos. Además de uno ú otro gracioso, los hay aquí patrióticos, filosóficos, descriptivos y amorosos; todos inspirados y de elegante factura. Mas no siendo posible que un poeta se eleve en todos sus cantos á la misma altura, si hubiese yo de decidir en cuál de esos géneros sobresale más el estro del autor, me pronunciaría resueltamente en favor del amoroso. El mismo Enrique González Martínez, que es quizás quien escribe mejores sonetos en la República, se envanecería de poner su firma al calce del titulado

A L B A .

La ilusión es un ave que se ufana
De vivir en ambiente luminoso;

Y tiene en tí mi espíritu amoroso
La claridad de que su dicha emana.

Con el primer fulgor de la mañana
La turba alada en el follaje umbroso
Despierta alegre, y su trinar gozoso
Se extiende por el bosque y la sabana.

Tu imagen es, para mi ser, trasunto
Del alba azul que en el confín clarea
Despertando á los pájaros cantores.

Serena surges ante mí, y al punto
La parvada de sueños aletea
Y al viento lanza su canción de amores.

Esto no significa que no tengan subidos quilates los pertenecientes á otros géneros, como los del descriptivo. El titulado *La Rosa*, parece un *lied* alemán. No puedo resistir la tentación de trascribir aquí el nombrado

ACUARELA.

A lo lejos la abrupta serranía
Empinando su mole de gigante;
El sol como corona de diamante
En áureos chorros derramando el día;

De los vientos la ronca sinfonía;
El bosque atrás y el peñascal delante;
Luego la catarata resonante
Loca destorrentándose y bravía.

Y bajo aquella pompa, en la llanura,
Un hálito de paz y de frescura:
El tintín de la esquila en la aldehuela,

Del palpitante arroyo los rumores,
La sonata rural de los pastores
Y el balar de la cándida ovejuela.

Para quien conozca el panorama de Monterrey, que fué indudablemente el que inspiró la poesía, tendrá ésta un sabor más pronunciado y un encanto más profundo. Nada, en efecto, comparable con aquel paisaje á la vez hermoso é imponente. Las montañas que rodean á la ciudad neoleonesa, enormes, de color de ocre, de caprichosa y nunca vista forma, impresionan vivamente la imaginación; y el sol que sobre ellas sale ó se pone, forma extraños efectos de luz en sus picachos plutónicos. A la vista de esas serranías majestuosas, debe haber surgido rápido, esplendente y de una pieza el soneto, cuya

parte final describe con artístico contraste, la paz y la dulzura del valle que se extiende al pié de los colosos.

Obra fué de dos brillantes musas reunidas ese cuadrillo encantador. Hiciéronle *á dúo* Junco de la Vega y el laureado poeta Manuel José Othón, honra preclara de México, inspiradísimo cantor de la naturaleza, y grande, noble y muy querido amigo mío. Así lo declara Junco en breve nota explicativa.

Es Junco muy dado á este género de torneos líricos, y gusta, siempre que está en compañía de algún fabricante malo ó bueno de versos, proponer improvisaciones sobre temas del momento, ó elaboración de poesías por contribución alternada de uno y otro artífice. Entonces puede observarse su facilidad asombrosa para versificar; yo creo que sería capaz de hablar en verso toda una semana. Para él no hay obstáculo insuperable ni serio, ni en la medida, ni en la rima, ni en el acento. Salva con la mayor sencillez los escollos y sabe dar á cualquier asunto, por trivial que parezca, giros nobles é inesperados que lo trasforman y dignifican de súbito. Y suele suceder que lo que comienza por simple pasatiempo y motivo de jácara y alegría, termine por la producción de una brillante joya literaria.

La alianza de Othón y Junco para hacer el soneto, debe haber sido una constante vibración de fulgores, como la que produce el choque del hierro con el peder-
nal; y puede creerse que la *Acuarela* haya sido termina-
da en un instante y como quien no quiere la cosa, dada
la alteza del numen de sus autores y su absoluto domi-
nio sobre el arte de la versificación.

La fuente purísima de la inspiración de Junco está
en su corazón. Fuera difícil encontrar otro más sensi-
ble, recto y sincero que el suyo. Cuando, hace un año,
conocí personalmente al poeta en Monterrey, ciudad
donde reside, y le ví en medio de su hogar, que Dios
bendiga, rodeado de su dulce y bella esposa y de sus hi-
jos tan hermosos y sonrosados como los ángeles de Mu-
rillo, me pareció ver un rey cercado por corte brillante y
gloriosa. A su casa iba á refugiarme de mis penas, y á
recordar, suspirando, pasadas y castas dichas, semejan-
tes á las tuyas, que gocé *en otro tiempo, cuando Dios
quería*. Entonces comprendí por qué era poeta Junco,
porque ama y es amado; y ¿qué musa más inspiradora
de cantos que el amor y la dicha? Junco derrama en sus
composiciones el licor de que está llena su copa; su poe-

sía es reflejo de su alma esplendente; sus versos son la
irradiación de su felicidad. Dígallo ó nó, su lira halla
sus mejores notas en la celebración de sus alegrías ínti-
mas. Son de su Elisa los

OJOS AZULES.

¡Cuán límpido el azul de los serenos
Ojos que Dios en tu semblante quiso
Cual reflejo poner del paraíso
A que aspiran las almas de los buenos!

Así de gracia y de inocencia llenos,
Quien su fulgor recibe, de improviso
Siente en su ser el misterioso aviso
De ignotos mundos al dolor ajenos.

Si anuncias á los míseros mortales
La excelsitud de una inmortal aurora
Con lo azul de tus ojos celestiales,

Deja que en esa luz de tu mirada
Se purifique el alma pecadora
Para alcanzar la eternidad soñada.

Es también su bella y santa compañera quien forma su

I D E A L .

Yo tengo para tí cuanto condensa
El culto sacro que lo bello inspira,
Y sólo á celebrarte el alma aspira
Feliz con tu piadosa recompensa.

Fuera á mi noble adoración ofensa
En otros sueños inspirar mi lira,
Y de tu imagen dulce en torno gira
Todo aquello que en mí palpita y piensa.

¡Cerebro y corazón! ¡Eternas fuentes
De donde el bien ó el mal deriva el hombre!
Las mías dilataron sus corrientes,

Como límpido espejo rumoroso,
Por copiar tu beldad, cantar tu nombre
Y arrullarme en un sueño delicioso.

Sus hijos, por otra parte, hacen flamear su inspira-
ción, como él mismo lo confiesa cuando les dice con vo-
ces cariñosas y musicales:

Nunca en mi corazón labró más viva
Su huella el arte, que al cantar amores;
Y sois vosotros palpitantes flores
Que con fervor mi adoración cultiva.

Estamos, pues, oyendo á este poeta, muy lejos de
Byron, de Musset y de Espronceda, que bebieron su es-
tro en fuentes emponzoñadas y cantaron himnos al pla-
cer y á la orgía, y muy lejos de *Manfredo*, *Rolla* y el
Diablo Mundo; y muy cerca de Alfredo Tennyson y de
la *Encina que habla* y de *Locksley Hall*, por la sereni-
dad de la inspiración y por la celeste suavidad del canto.

Junco se hace admirar tanto como querer por sus ver-
sos, pues debajo del poeta de altos vuelos, se admira en
su estilo al caballero bueno y leal. Y la conjetura no es
ilusoria en verdad, pues la existencia de este vate, lím-
pida y laboriosa, simétricamente se divide entre el tra-
bajo (es empleado de un Banco), la familia y la poesía,
manteniéndose ajena á toda lucha impura de la livian-
dad, de la envidia ó de la ambición. Así ha logrado ver-
se rodeado de consideración y de respeto en la sociedad
donde florece, y vivir en una atmósfera blanca y lumi-

nosa de sencillez y de ensueño. Nada le retrata mejor que su soneto

TU REPROCHE.

Dices que débil soy porque me plaño
Al sentir de la suerte el rudo embate.
¿Qué quieres? No nací para el combate
Y me hiere en el alma un desengaño.

Vivir no puedo á la desdicha extraño;
Siempre al dolor mi espíritu se abate;
Y habrá de ser inútil que yo trate
De hallar vigor ante mi propio daño.

Débil, sí; mas ni el odio ni la envidia
Me inspiraron su audacia y su perfidia:
Hacia la luz mi voluntad dirijo.

Sé consolar al triste, honrar al bueno,
Que ni me dá dolor el bien ajeno
Ni del ajeno mal me regocijo.

¡Y lo más hermoso de esta poesía es que dice la verdad! Así es Veguita, como le llamamos cariñosamente

sus amigos, un espíritu recto y pujante, que vive del ideal, y que vá en constante ascensión hácia las cimas!

Cierro el libro después de haber recorrido sus dulces páginas. Vibrante de emoción, me figuro tener delante de mí al inspirado cantor que las trazó, y me levanto para estrecharle en mis brazos. ¡Grande y buen amigo, reciba Ud. de mí lo que tanto merece: cariño, aplauso y admiración!

José López-Portillo y Rojas.

México, Abril 3 de 1904